

La bandera del amanecer

Andrés Faur, Carlos

Bujaldón Esquisabel, Leyre

Martínez Castillo, Rubén

Martínez Chelaru, Javier

Martínez El Ouardi, Yasmina

Pérez Torregrosa, Izan

Romacho Podziraev, Felipe

Sánchez Padilla, Nadia

Sánchez Padilla, Raúl

Simón Sánchez, Marcos—

CEIP Santos Médicos de Corte de Baza (Granada).

Dicen que los vientos del sur guardan historias muy antiguas, casi olvidadas. Yo soy Abu Asbag Ibn Arqam, aunque ahora solo quedo como un recuerdo que viaja entre los siglos. Cuando pienso en mi tierra, siento algo parecido a un tirón en el pecho, como si una parte de mí siguiera allí, esperando. A veces la observo desde este lugar sin tiempo, y me emociona ver cómo una bandera que un día me inspiró continúa ondeando sobre una tierra llena de luz, vida y esperanza. Yo no conocí la palabra “Andalucía”, pero ahora entiendo que, sin darnos cuenta, todos contribuimos a construir algo parecido: un sueño compartido.

Nací en Wadi Ash, lo que hoy llaman Guadix. Las montañas eran rojizas y parecían encenderse cada tarde. Muchos vivíamos en cuevas excavadas en la roca, fresquitas en verano y calentitas en invierno. Allí aprendí algo que nunca olvidaré: la tierra tiene memoria, y si la escuchas con calma, te cuenta su historia.

Mi madre no sabía leer ni escribir, pero entendía el mundo de una forma que ningún libro explica. Cuando molía el pan, cuando regaba las plantas o cuando sacudía las mantas al sol, siempre me decía:

—Hijo, escucha el aire. Él siempre tiene algo que decir.

Y cuando el sol se escondía detrás de los almendros, sonreía y añadía:

—Mira bien los colores. Aquí todo canta: el agua, las flores, las manos que trabajan... No te olvides nunca de lo que ves.

A veces pienso que su voz fue el primer poema que aprendí. Ella me enseñó que la belleza está en lo sencillo, y que la tierra guarda secretos que solo se revelan si la miras con cariño.

En aquellos años, la vida era sencilla, pero feliz. Vivíamos cerca de mis abuelos, y ellos también formaron parte de mi educación. Mi abuelo solía sentarse a la puerta de la casa, en una silla de madera vieja, y me llamaba para que me sentara junto a él. Me contaba historias de cuando era joven, de las tormentas que había visto, de las cosechas, de las noches en las que parecía que las estrellas podían caerse del cielo.

Un verano viajé con mi padre a Medina Batza, la actual Baza. Sus vegas estaban llenas de moreras, álamos y huertos. Allí vi cómo convivían musulmanes, judíos y cristianos. Para mí era lo normal, pero ahora sé que aquello era un tesoro. Mi tío siempre decía:

—Esta tierra es una sola. Las fronteras las inventan los hombres.

Aún guardo esas palabras como si fueran una promesa.

Con los años, mis padres quisieron que estudiara. Fui a Granada, donde aprendí del astrónomo Abú l-Futuh al-Yuryani. Él me enseñó a mirar el cielo no solo como un lugar lejano, sino como un mapa secreto. Después, en Córdoba, estudié con Ibn al-Ifili, un sabio que amaba los libros como si fueran seres vivos. Gracias a él descubrí que las palabras podían tender puentes entre las personas.

Más tarde viajé a Almería y aprendí con el cadí Ibn Sáhib al-Ahbás. Era justo y generoso. De todos mis maestros me llevé algo: amor por el conocimiento, por la poesía y por la justicia.

Pero mientras yo estudiaba, nuestro mundo cambiaba. El gran Califato de Córdoba se dividió en taifas: pequeños reinos que intentaban sobrevivir. Era doloroso ver tanta división, tanta desconfianza. Yo soñaba con un mundo unido, donde la sabiduría y la paz guiaran a todos.

Fue entonces cuando el rey al-Mu‘tašim de Almería me llamó a su servicio. Era un rey culto y valiente, y me nombró visir. Sentí que, tal vez, podría ayudar a construir algo mejor. Viajé en misiones diplomáticas a Granada, Sevilla y otros lugares. En una embajada fui con el geógrafo Abú Ubayd al-Bakri y mi maestro Ibn Sáhib al-Ahbás. El rey sevillano, al-Mutámid, quiso que me quedara con él, pero yo le respondí:

—Majestad, se lo agradezco, pero mi lugar está en Almería, con quien confió en mí desde el principio.

No era valentía. Era lealtad. Y la lealtad también es parte de la memoria de una tierra.

Una de mis misiones favoritas fue negociar la compra de unos terrenos para construir la Sumadihiya. Aquel gesto también ayudó a unos huérfanos, y ese día comprendí que la justicia no está solo en las leyes, sino en las decisiones que protegen a los más vulnerables.

Hubo un día que marcó mi vida. El rey me llamó a lo alto de la Alcazaba de Almería. El mar brillaba como un espejo y el viento parecía querer hablar.

—Abu Asbag —me dijo—, quiero un símbolo para nuestro pueblo. Algo que hable de esperanza.

Me mostró una bandera verde y blanca ondeando sobre las torres. El verde representaba la vida y el renacer. El blanco, la paz.

—Hazle un poema —me pidió—. Tus palabras pueden darle alma.

Esa noche pensé en mi madre, en sus manos manchadas de harina, en sus consejos que olían a romero. Recordé cómo me enseñó a mirar el mundo con ternura y también en mis abuelos que ya habían partido al Paraíso. Y entonces escribí:

Una verde bandera

*que se ha hecho de la aurora blanca un cinturón,
despliega sobre ti un ala de delicia.*

*Que ella te asegure la Felicidad
al concederte un espíritu triunfante.*

El rey sonrió al leerlo.

—Has puesto en palabras lo que sentimos todos.

Y desde entonces aquella bandera saludó al mar, al viento y a la gente.

Pasaron los siglos. Los muros se desgastaron, los reinos cambiaron, pero la bandera siguió viva. Era como si se negara a desaparecer, como si supiera que tenía un destino especial.

En mi vejez decidí regresar a Wadi-Ash. Cuando regresé a mi tierra, sentí algo que nunca había sentido: una mezcla de nostalgia y orgullo. Comprendí que aquel lugar guardaba un legado increíble. Supe que mis tierras debían haber sido hogar desde tiempos remotos. Hoy sabemos que en lugares como Orce, dentro del Geoparque, se encontraron restos valiosísimos que lo demuestran. También fui consciente que otras civilizaciones antiguas habían pasado por allí, dejando huellas, historias y silencios. Mi tierra siempre fue un punto de encuentro.

A veces, al caminar por las laderas, encontraba pequeñas piedras con fósiles. Parecía que las montañas guardaban dentro un secreto muy antiguo como si quisieran decirme: “Yo estaba aquí antes que todos vosotros”. Y yo sentía entonces que formaba parte de algo inmenso.

Ahora soy una voz que viaja entre los siglos. Pero cuando veo esa bandera verde y blanca, todavía siento un pequeño latido. Me emociona ver cómo hoy la llevan personas que aman su tierra, su historia y su diversidad. No importa el origen ni la fe. La bandera abraza a todos.

Yo nunca conocí la palabra “Andalucía”, pero ahora sé que ese nombre nació del sueño que un día escribí con tinta y corazón. Una bandera verde como la esperanza y blanca como la paz, que aún susurra:

*Que ella te asegure la Felicidad
al concederte un espíritu triunfante.*